

¿Ya no sirven las «voces de abajo»?

Nuevos pensamientos sobre el testimonio y la novela testimonial de Centroamérica

Linda Craft
e

Este es un ensayo preparado como parte del proyecto “Hacia una historia de las literaturas centroamericanas”, dirigido por un grupo de académicos basado en la Universidad de Heredia de Costa Rica. Ese proyecto es “Ficción revolucionaria del siglo xx: La novela testimonial de Centroamérica”. Lo presenté en CILCA (Congreso de Literatura Centroamericana) en Nicoya, Costa Rica, en abril 2008; y también en la Cátedra de Manlio Argueta en la Universidad de El Salvador el 14 de agosto 2008.

De verdad, creo que nunca me van a hacer caso en mi país, en cuanto a si mi tesis por ejemplo esté bien elaborada o no, pero yo he aprendido mucho. Guatemala y Centroamérica han sufrido mucho, y las letras son un medio o de desahogo o escape o de denuncia, pero puedo expresar libremente que todos esos campesinos guatemaltecos que padecieron y no podían hablar hoy han encontrado un medio para recordar y quizá reclamar justicia. La voz a través del otro.

ESTUDIANTE POSGRADO, Guatemala 2007

En un artículo reciente de la *PMLA*, la escritora expresa argentina Alicia Partnoy lamenta la excesiva preocupación que la academia tiene hoy con «la verdad», sobre todo en textos testimoniales. Mientras tal opinión pudiera parecer blasfema —¿Quién no cree en la verdad? ¿Quién no la promueve?— Partnoy explica el peligro que ve: la agencia o la subjetividad que han ganado en los últimos años las víctimas de opresión que narran sus experiencias se están por perder. Y con su agencia, la credibilidad. Partnoy cita a la conocida crítica cultural argentina, Beatriz Sarlo, quien ha escrito que «*excessive trust is placed on victims and survivors as producers of historical truth [...]. They are] unfit for theoretical reflection unless they undergo traditional academic training and do not refer directly to their experience*» (1665).¹ Obviamente, su posición tiene el efecto de desacreditar los testimonios en primera persona y preservar el derecho a la autoridad de la verdad para los «expertos». Partnoy nos recuerda que uno de los grandes intentos del testimonio es de establecer la solidaridad entre letrados y víctimas para poder luchar contra las fuerzas de opresión.

Partnoy señala una tensión interesante, quizá un malentendido, en la recepción del discurso testimonial. Se complica aun más cuando se considera la relación entre la verdad y la solidaridad en la novela testimonial —en la ficción, la literatura—. Recordamos el conocido artículo de Mario Vargas Llosa en que este hace la pregunta, «*Is Fiction the Art of Lying?*»; Llega a la conclusión de que las malas novelas mienten mientras las buenas dicen la verdad (p. 40). Es cuestión del arte. Esta aparente paradoja Ralph Ellison la repite y extiende siguiendo las implicaciones sociales. Se da cuenta de la capacidad de la novela «*for telling the truth while actually telling a 'lie,' which is the Afro-American folk term for an improvised story*» (pp. xxxii-xxxiii), una forma oral. Lo que crea es una «improvisación» como lo que sucede entre los músicos de jazz. Ellison explica el poder de las verdades de la ficción: «*And while fiction is but a form of symbolic action, a mere game of 'as if,' therein lies its true function and its potential for effecting change. For at its most serious, just as is true of politics at its best, it is a thrust toward a human ideal. And it approaches that ideal by a subtle*

1. «Hay una confianza excesiva en las víctimas o sobrevivientes como productores de la verdad histórica...[No están] capacitados para la reflexión teórica a menos de que reciban entrenamiento académico tradicional y no se refieran directamente a su propia experiencia». (Esta y las siguientes traducciones son mías.)

process of negating the world of things as given in favor of a complex of manmade positives» (p. xxx).² Plantea una visión ficticia de un mundo justo y democrático esto es lo que se conoce en la literatura como la verdad poética.

Así funciona también la novela testimonial centroamericana como se practicaba en las últimas décadas del siglo veinte. Esta novela testimonial es una forma improvisada, híbrida, de voces tanto orales como escritas, de alianzas incómodas, irónicas y contradictorias, que traduce una realidad de pesadilla para nosotros los lectores. Las mejores nos conmueven y nos inspiran a una acción de conciencia. Mi argumento reúne el discurso de la solidaridad con el de la verdad en una discusión de cómo funcionan las novelas testimoniales; es imposible separar los discursos aquí. ¿Quién va a apoyar una causa que no considere básicamente persuasiva, válida y cierta?

Antes de elaborar esta relación, va a ser necesario definir varios términos. Sin volver a reinventar la llamada rueda, empezaré donde terminé el argumento en *Novels of Testimony and Resistance from Central America* (1997), con una definición de la novela testimonial (y por supuesto el testimonio), seguida por una breve discusión de su contexto histórico y de las implicaciones teóricas, filosóficas y culturales en su producción y diseminación. Aunque el enfoque de este ensayo será la novela testimonial centroamericana, se tendrán en cuenta las corrientes relevantes en Sudamérica y el Caribe también.

La novela testimonial se refiere a la elaboración más o menos artística de un testimonio o narración testimonial. En Centroamérica esta es una forma o modalidad llamada «letras de emergencia» por Claribel Alegría, la cual surgió de las guerras por la liberación nacional de las décadas de los años setenta y ochenta. Al riesgo de simplificar demasiado — porque hay tanto escrito sobre las características del testimonio, casi un exceso de teoría — voy a mencionar solamente algunas de las definiciones más indicativas de la forma o «género». Para el profesor John Beverley, el testimonio *per se* «es regularmente una narración en primera persona, de extensión equivalente

2. «Y mientras la ficción no es nada más que una forma de acción simbólica, un simple juego de ‘como si fuera’, aquí está su verdadera función y su potencial para efectuar cambios. Porque en lo más serio, como en la política en sus mejores momentos, es un empuje hacia un ideal humano. Y se acerca de ese ideal por medio de un sutil proceso de negar el mundo de cosas dadas a favor de un complejo de positivas artificiales.»

al de una novela, en la voz del protagonista o testigo de los sucesos que se están narrando» (citado en Zimmerman 2006, p.132). Lo elabora en su libro *Against Literature* (1993), explicando que el testimonio centroamericano comparte territorio con los testimonios legales y religiosos. Una forma de «anti-literatura», según Beverley, el testimonio no obstante tiene elementos de literatura tradicional como la autobiografía, la memoria, la confesión, el diario, la entrevista, entre otros. Algunas de sus raíces se ubican en la época colonial inmediatamente después de la conquista —en las crónicas, relaciones, cartas y diarios que los participantes les escribían a la corona para describir sus contribuciones en la gran aventura y pedir justicia y recompensa cuando se sentían agraviados y desposeídos—. El testimonio abarca la narrativa desde la historia hasta la literatura. El trabajo de los etnógrafos en la década de los cincuenta, quienes grababan sus entrevistas con los informantes nativos que estudiaban, dio ímpetu a esta práctica narrativa moderna.

La voz narrativa del testimonio contemporáneo pertenece normalmente a una persona marginada, al «subalterno», a «los de abajo»: pobres, prisioneros (políticos), mujeres, indígenas, campesinos, obreros, homosexuales; cualquier persona excluida de la completa participación cívica, política y social.³ La intención del documento testimonial es luchar por los derechos y la justicia. El ejemplo más conocido de Centroamérica es el de Rigoberta Menchú, activista maya-quiché de Guatemala. También en la región están *No me agarran viva: La mujer salvadoreña en la lucha* (1983) de Claribel Alegría y *La montaña es algo más que una inmensa estepa verde* (1982) del nicaragüense Omar Cabezas, para mencionar algunos entre muchos otros. Fuera del istmo, tenemos el ejemplo del texto fundacional de la modalidad testimonial, *Biografía de un cimarrón* (1968), compilada por el cubano Miguel Barnet de las experiencias narradas por Esteban Montejo. Su voz es típica de los protagonistas de los testimonios

3. En un artículo excelente Leonel Delgado Aburto problematiza la idea del subalterno en los textos testimoniales de Nicaragua, escribiendo que el establecimiento literario — «los guardianes de lo letrado, es decir, los antiguos vanguardistas granadinos» muy conservativos — ha autorizado a ciertas voces marginadas («el nuevo hombre», el héroe nacional, el universitario) más que las otras (mujeres, las masas, el pobre, etc. (pp. 6-7). Según Delgado, hay una «correcta voz subalterna»; él cree que «descentrar el posicionamiento intelectual ante esta literatura contribuirá a complejizar futuros intentos desde la letra o desde cualquier otro espacio subyugado (p. 9).»

afirmando repetidamente la veracidad de una historia tan espantosa que pudiera resultar increíble: «Y no es cuento de camino, porque lo vide con mis ojos» (p.172).

Otra crítica norteamericana, Elzbieta Sklodowska, establece un puente entre el testimonio y la novela testimonial con su observación de que el testimonio es «una novela posburguesa», la actualización (género histórico) de la novela (género teórico) (p.147). Por su estatus ambivalente o híbrido —«difuso y fronterizo» según Werner Mackenbach (p. 6)—, algunos críticos se resisten a usar el término «género» para los textos testimoniales, ya que es una categoría más cerrada y tradicional de la literatura decimonónica. El texto testimonial puede adoptar una forma que vaya desde el panfleto a la obra de arte, ocupando un punto específico en un continuo largo. Siguiendo una idea relacionada, Jorge Narváez diferencia entre «el testimonio literario y de reportaje, [y define] al primero como estéticamente rico y generalmente lineal en una narración de primera persona que tiene experiencias sociales y colectivamente significantes» (p.139-140).

En contraste, el testimonio de reportaje con su discurso periodista/documental tiene como meta un relato más «transparente» de un evento, con lenguaje referencial a diferencia del lenguaje estético o autoconsciente de la literatura. Hay cierta «ilusión de la presencia», un sabor «oral» al discurso de reportaje; Ya que es el testigo quien habla y no una «construcción ficticia», Beverley y Zimmerman; este tipo de testimonio parece «hablamos» directamente como una verdadera persona (p.177). Se establece «un efecto de lo real» con lenguaje más «transparente» y directo. De veras, parece que hay cierta atracción de una fuente «auténtica» en un relato no literario sino sencillo y humilde (recordando las antiguas oposiciones de literatura alta y baja o común). En el famoso prólogo al testimonio del sandinista Tomás Borge, *Carlos, el amanecer ya no es una tentación* (1982), se anuncia que el autor de estas líneas «se parece tanto a un escritor, como García Márquez a un vendedor de frigorífico», y niega toda pretensión literaria. ¿Es más creíble si no es «literatura»? Vamos a examinar las tensiones entre estos varios discursos —los documentales y los estéticos— más adelante cuando consideremos lo híbrido del testimonio literario, o en nuestras palabras, la novela testimonial.

También Narváez nota la relación metonímica entre el «yo» de la narración y la comunidad que representa. Entonces, concluye que «el testimonio

[es] un diálogo intertextual de voces reproduciendo y a la vez reordenando creativamente eventos históricos en una forma que los imprime como representativos y verdaderos, y que proyecta una visión de la vida y de la sociedad con la necesidad de una transformación» (pp.139-140). Entonces, esta última definición da hincapié a la función testimonial —la de darle voz al «otro», al marginado ya mencionado por Partnoy, quien lucha por los cambios sociales—. Hasta hace poco, la historia oficial ha sido escrita por los poderosos y los ganadores, como dice el refrán. El trabajo teórico de Foucault ha mostrado que la verdad sirve al poder; por eso, el testimonio de los que no han ganado es cada vez más importante para saber otra perspectiva de lo que «verdaderamente pasó» o para entender la realidad de las experiencias de «los otros». Esta perspectiva es importante por razones morales y éticas; lo que implica una responsabilidad de recobrar la memoria para transformar la sociedad. Por eso, escribió y publicó Roque Dalton el testimonio del salvadoreño Miguel Mármol (1971), obrero militante y sobreviviente de la matanza de 1932, evento oficialmente borrado de los periódicos e historias del día.

¿Por qué estos anhelos de transformar la sociedad, por medio del testimonio o cualquier otra práctica simbólica? Casi todos los críticos que han estudiado el testimonio lo asocian con un momento histórico y un lugar muy específico, la segunda mitad de la Guerra Fría como la vivió Centroamérica. Aunque existe en otras partes de América Latina, notablemente en áreas que han experimentado movimientos democratizantes oprimidos por las fuerzas armadas estatales como México, el Cono Sur y los países andinos a finales de los sesenta y en los setenta y ochenta,⁴ el testimonio se reconoce como la forma narrativa más influyente asociada con las revoluciones regionales centroamericanas durante el mismo período (Beverley y Zimmerman; p. xi). El testimonio fue legitimado — o canonizado — en 1970 como género literario con un premio anual de la editorial Casa de las Américas. La revolución cubana de 1959 y más tarde el triunfo sandinista en Nicaragua de 1979 les dio esperanzas a muchos habitantes de los países «subdesarrollados» del

4. Los testimonios de Elena Poniatowska, Ariel Dorfman, Jacobo Timerman, Domitila Barrios de Chungara con Moema Viezzer, Florencia Varas con José Manuel Vargara, Hernán Vidal, Violeta Parra y Angela Zago son algunos de los textos de estas regiones que vienen a mente.

hemisferio. Querían modernizar sus sociedades, que se habían constituido como naciones en el siglo XIX de una manera irregular o desigual, excluyendo o venciendo tradiciones o grupos marginados, según Néstor García Canclini (p.9).

La Generación Comprometida en El Salvador había reconocido temprano «el problema de la nación». Sentían de una manera muy personal la mano dura de la dictadura militar, al haber sufrido encarcelamientos, tortura y exilio. Uno de sus miembros, Roberto Armijo, articuló en 1956 las intenciones del grupo de transformar la sociedad con el arte:

Para nosotros la literatura es esencialmente una función social. Por lo tanto mi esfuerzo es ayudar a mejorar la sociedad en la que vivimos, establecer un orden a través del cual el hombre cambie su condición social, a la vez que modifica la idea que tiene de sí mismo [...] Entendemos que nuestra más alta misión en estos momentos de crisis es traer fe y entusiasmo a la [...] *intelligentsia*. La «Generación Comprometida» sabe que el trabajo del arte necesariamente tiene que cumplir un servicio, tiene que ser útil a la sociedad, hoy. (Citado en Zimmerman 2006, pp. 87-88)

Ellos establecieron los fundamentos de su responsabilidad como letrados de promover las reformas; tal vez la revolución política y socio-económica del sistema. Se darían cuenta poco a poco de la necesidad de incorporar tantas voces posibles, sobre todo las más humildes y tradicionalmente silenciadas, para ser más representativos del espacio nacional. Roque Dalton y Manlio Argueta, dos miembros de la Generación Comprometida, escribirían unos de los testimonios y novelas testimoniales más conocidos. Trabajaban con un idealismo entusiasta, y creían que la ética era la estética.

Pero una por una sus esperanzas fueron aplastadas con una acumulación de derrotas: el golpe de Estado que puso fin al experimento con la democracia en Guatemala en 1954 seguido por más de treinta años de lucha armada; la muerte de Ché Guevara en Bolivia, icono revolucionario, en 1968; la masacre de los estudiantes mexicanos pro democracia en Tlatelolco del mismo año; el golpe que derrocó al gobierno democrático de Salvador Allende en Chile en 1973 y frustró las ambiciones de otros demócratas y revolucionarios en todas partes de América Latina; la masacre de estudiantes manifestantes

en la Universidad de El Salvador el 30 de julio de 1975; la derrota electoral en Nicaragua del FSLN en 1990; las guerras de liberación nacional fracasadas y el asesinato del Monseñor Romero, muchos jesuitas y varios/as religiosos/as dedicados a la teología de la liberación en El Salvador en la década de los ochenta. En Centroamérica, la mayoría de los textos testimoniales vienen de los tres países que padecieron las emergencias políticas más agudas —El Salvador, Guatemala y Nicaragua—, aunque hay por supuesto ejemplos del discurso y función testimonial en textos de los otros países. Por razones de tiempo, espacio y por razones históricas, me limito a una discusión de la novela testimonial de estos tres.

Ya que ahora Centroamérica se encuentra en un llamado período «posguerra» —aunque nunca se resolvieron los problemas sociopolítico-económicos anteriores—, se ha dejado de publicar muchos textos testimoniales. ¿Podemos decir con varios críticos que «su auge ha pasado»? ¿Fue el último grito por la construcción de una «narrativa nacional»? Eso lo sugiere Zimmerman, quien ve una «unidad épica rota por las intervenciones e interferencias del capitalismo tardío y sus ethos posmodernistas» (2006, p.35). La nación como una formación discursiva y una meta-narrativa del progreso ha sido eclipsada por las narrativas de la fragmentación y la globalización (véase Terry Eagleton 2003). Claro, el momento del testimonio fue la crisis de los ochenta. Dicho eso, no significa que haya desaparecido por completo el discurso y la función testimonial. Las voces marginadas siguen encontrando espacios en diversos textos. Y todavía hay interés en el testimonio entre los estudiantes posgrado en Estados Unidos, Europa y Centroamérica.⁵ Pero es cierto que

5. Marisol Arana, estudiante doctoral de Guatemala, escribió lo siguiente cuando le pregunté las razones por su interés continuado en el testimonio: «Creo que muchos de los escritores como Pío Baroja, y otros que en este preciso momento olvidé, estuvieron estudiando Ciencias Jurídicas y Sociales y Medicina, para luego dedicarse a las letras. Esto es exactamente lo que sucedió conmigo, yo inicié estudiando la Carrera de Ciencias Jurídicas y Sociales o como se le conoce en mi país Derecho, pero por trabajo tuve que desertar». Entonces los problemas de carácter social son para mí muy importantes, y en las obras de testimonio se encuentra la denuncia de todas y cada una de éstas, como ejemplo, las masacres de las cuales fueron víctimas los indígenas del Quiché, Alta y Baja Verapaz, o el escape de los guatemaltecos indígenas a otros países como México o Estados Unidos. Cuando yo tenía quizá unos 10 años, recuerdo que los indígenas aparecían en la Televisión comentando su tragedia, pero nadie sabía en realidad qué

como «género» o «modalidad», su importancia y su influencia ha disminuido.

Es importante entender el contexto histórico del testimonio dentro de las corrientes filosóficas, literarias y culturales de la teoría contemporánea. Con la «muerte» de los *grands récits* del progreso —las meta-narrativas utópicas— de la modernidad, han llegado las posturas posmodernas: la erosión de la autoridad; la democratización del canon; la pérdida de la distinción entre la alta literatura y la literatura/cultura popular, y la multiplicación y diversidad de voces que demandan entrada al foro público. Zimmerman postula que el testimonio, nacido de la literatura oral y la cultura popular, cumple una función posmoderna de «generar una nueva narrativa poscolonial y no eurocéntrica» (2006, p. 32). George Yúdice lo ve como «una respuesta contrahegemónica al discurso dominante posmodernista (capitalista) como existe en la metrópoli y cómo se extiende a áreas de resistencia que se encuentran dominadas» (citado en Zimmerman 2006, p. 32). El testimonio *per se* es «preformativo» en que tanto su forma como su temática se desafía de las normas tradicionales de la literatura; por esta razón, se han enfatizado sus características antiliterarias. En conclusión que el testimonio está situado al fin de los sueños modernos como nueva narrativa nacional y al principio de las corrientes posmodernas como deconstrucción de la idea de una nación unida, soberana y autónoma y su literatura canónica —una posición de obvias tensiones—. Por su ubicación entre la historiografía y la literatura, se considera desafortunadamente como un «género secundario» según Delgado (p.2), o literatura *lite*.

Si el testimonio es «antiliteratura», una discusión del testimonio literario o la novela testimonial va a parecer contradictoria. De todos modos, es útil hablar de su carácter híbrido. La profesora Magda Zavala propone la siguiente distinción basada en el modo de producción, la voz que (no) habla y el discurso operativo: los testimonios son «relatos documentales sobre

sucedía, además, era riesgoso hablar de ello. Sin embargo, ahora es más fácil hablar de estas situaciones y ver cómo los escritores aprovecharon los medios para realizar grandes obras, como *Masacres en la Selva*, *Señores bajo los árboles* o *Me llamo Rigoberta*. En fin, todo está relacionado con la violación de los derechos humanos y cómo un estudiante de las letras puede contribuir con un grupo determinado o quizá un conglomerado y dar a conocer las situaciones por las que atravesó un país y evitar que sigan dándose esta clase de violaciones (Correo electrónico, 28 junio 2007). Ella sigue expresando fe y esperanza en la posibilidad de buscar justicia por medio de estos textos testimoniales.

grupos de personas que no tienen posibilidad de expresión escrita ni reconocimiento en cuanto a voz válida que interpreta su realidad» mientras la literatura testimonial es «la recreación de los testimonios a partir de convenciones literarias explícitas o implícitas, sean conscientes o no para el autor» (citado en Mackenbach, p. 3). Es interesante que ella use las palabras «relatos documentales sobre grupos [...]», lugar «de grupos», porque uno de los rasgos más convincentes del testimonio y la urgencia de su relato es la percepción de que viene directamente de una voz humilde normalmente excluida del discurso público. Su autenticidad le da valor.

Entonces, tenemos que considerar el problema de la mediación o la intervención del letrado y cómo representa al otro. Zavala parece concordarse con Gayatri Spivak, quien contesta negativamente la pregunta planteada en su propio ensayo, «Can the Subaltern Speak?» La mayoría de los testimoniantes más famosos han tenido sus «coproductores» o intermediarios que, en solidaridad política, transcriben las historias orales de las entrevistas o los documentos: Mármol y Dalton, Menchú y Burgos, Barrios de Chungara y Viezzer, Palancares y Poniatowska, Tijerino y Randall, entre otros. Se sabe que el intermediario edita, corrige y ordena para crear una narrativa coherente e inteligible a sus lectores. Por eso, es justo preguntar: ¿De quién es la voz narrativa? ¿Es un testimonio directo o filtrado? ¿Es historia de la línea de fuego o es propaganda o las dos?

Beatriz Cortez ha problematizado esta relación y la subjetividad que el subalterno quiere establecer, preguntando: «¿[E]s por su deseo de ser reconocidos como sujetos que aquellos que narran sus historias en estos textos se subordinan ante el poder ideológico que representa la verdad y ante el poder jerárquico que representan aquellos con acceso al discurso?» (p.12). Parece paradoja que el testificante se subordine para quitarse su subalternidad. Hay otras ironías: la presencia del mismo colaborador académico que, de buena voluntad, interviene o interfiere también sirve a legitimar la historia del subalterno.⁶ Un letrado ofrece un «contrato de veracidad» (Skłodowska,

6. Otro ejemplo del interés todavía vivo en el testimonio de la parte de los estudiantes lo incluyo aquí porque ilustra la sensibilidad del académico a problemas de representación que surgen de una relación entre «desiguales». Como parte de su tesis «senior» y una construcción de una historia oral, estudiante sub-grado David P. Montgomery le hizo una serie de entrevistas a un trabajador mexicano. Montgomery escribe

p.179; Achurar, p. 66), un tipo de sello de aprobación de que lo que se lee es por supuesto la verdad.

Para volver al argumento de Zavala, la distinción que propone se basa en el grado de intervención o mediación del letrado (o, se puede argüir, la mediación del testigo y su buena o mala memoria o su propia veracidad. Más de un testigo les ha informado a sus lectores y su entrevistador que sigue guardando secretos para proteger ciertos aspectos de su identidad y cultura). Yo prefiero una distinción basada en los discursos, que también son una forma de mediación por el mismo testigo, su intermediario o el escritor de una novela. Si recordamos la imagen del continuo que propuse anteriormente, nos ayudará a entender las posibilidades. Como indica Zavala, los testimonios pueden tener tendencias documentales o literarias. Yo he dicho en otra parte que cuando se discute el testimonio, como forma distinta de la novela, es una cuestión del grado. Las líneas genéricas son cada vez más borrosas en los textos posmodernos; por eso, es más fácil considerar las huellas o la presencia de la función y los discursos testimoniales en las novelas en vez de decir que esta es verdadera novela y ese es testimonio (Craft 1997, p. 22).

Las novelas testimoniales son textos híbridos, lo que Mario Roberto Morales ha denominado la «testi-novela», en que se combinan lo mítico y lo concreto, lo ético y lo estético, lo oral y lo literario y la tradición y la ruptura (2000, pp. 26-28). Para Morales, la testi-novela es un género «fronterizo». Zimmerman lo explica diciendo que es preciso que sean así para expresar «una realidad que se ve rica, compleja y virtualmente no totalizable» (2006, p.35). Los críticos han propuesto varias tipologías para describir el testimonio literario. Beverley y Zimmerman, por ejemplo, han identificado tres categorías: 1) seudotestimonios, que son ficticios; 2) novelas escritas en el estilo Boom pero que al mismo tiempo incorporan voces históricas testimoniales

que “[p]or la fuerza del hablante, y la imposibilidad de ignorar el hablante como el protagonista y autor del texto, yo como investigador tuve que dejar mis expectativas y oír, grabar, y analizar su historia con el propósito de *aprender* en vez de *controlar* (p. 55). Observó el potencial por la interferencia, diciendo que le dejó al hablante seguir con sus historias sin hacerle muchas preguntas. También se dio cuenta de la pérdida de oralidad en la transcripción final que hizo cuando tuvo que eliminar las repeticiones y «limpiar» el texto por propósitos editoriales. «El texto resistente e híbrido: Una investigación auto-conciente de la narrativa personal de un trabajador mexicano». A Senior Independent Thesis, Collage of Wooster, 26 marzo 2007.

y 3) las narrativas ubicadas entre el testimonio y la novela autobiográfica (p.178). Otra clasificación la ofrece Sklodowska, la cual se basa en el grado de mediación de los textos y discursos incorporados en la novela: 1) un pre-texto se forma de varios testimonios no-mediados como el testimonio legal, diarios, memorias, autobiografía, así como otros discursos no-ficticios inclusive la biografía, las entrevistas, historias de vida e historias orales; 2) luego, el editor/escritor crea el texto híbrido —en nuestro caso la novela testimonial— mediando los pre-textos y mezclando elementos de la ficción (p. 102).

A estas tipologías y descripciones muy útiles, añado las mías.⁷ Primero, hay que tener en cuenta las tendencias compartidas por la mayoría de las novelas testimoniales de Centroamérica, sobre todo de los tres países que pasaron por períodos revolucionarios: 1) las mujeres son protagonistas tan importantes como, o más importantes que, los hombres, lo que revela su papel cada vez más significativo en la lucha, 2) los cuentos folclóricos de los campesinos y los «cuentos de camino» —como parte de la tradición oral con su lenguaje y expresiones populares— se han incluido en las novelas, sobre todo las de los salvadoreños quienes escriben bajo la inspiración del maestro-cuentista Salarrué; 3) la acción pasa de los barrios urbanos al campo en las sucesivas novelas, lo que se ve más claramente en la trayectoria que sigue Manlio Argueta; 4) Los mitos y creencias indígenas y una atmósfera mágica definen la cosmovisión de varios sectores sociales y étnicos en algunas de las novelas, especialmente de Gioconda Belli, Mario Roberto Morales, Luis de Lión y Arturo Arias; 5) El discurso de la teología de la liberación se encuentra en las novelas salvadoreñas, y varias tradiciones cristianas populares y cierto mesianismo se ve más generalmente en estas y otras novelas. Mackenbach ha notado «el carácter profético y escatológico» de varias narraciones, escribiendo que «[e]s obvio que en las visiones de mundo subyacentes al mundo novelesco [...] se mezclan la ideología de la lucha armada y la utopía redentora del cristianismo» (p. 8). 6) Hay humor e ironía en la mayoría de las novelas, como parte del proyecto de deconstruir los discursos del poder y también como contrapeso a narraciones muy pesadas. 7) Autores como Belli, Lión, Alegría y Argueta mezclan una expresión poética — parte de la tradición po-

7. Para una discusión más detallada y completa, véase Craft 1997, "Conclusions".

pular — con discursos más prosaicos para traducir los varios aspectos de la realidad/verdad. 8) casi todos los novelistas incluyen elementos autobiográficos en sus textos porque han vivido «los años de emergencia» bajo persecución política y amenazas de muerte, muchos se han ido de exilio, voluntario o forzado. 9) Se incorpora testimonio directo de otros testigos en un trabajo casi etnográfico para aumentar el «efecto de lo real». Como ya escribí en otra parte, «[f]or many readers it is the closest one can come to 'presence,' to actually hearing the voice of the Other» (1997, p.188).⁸

En mi definición, un texto es una novela testimonial solamente si incorpora la función testimonial —la representación de las voces del subalterno—. Aparte de este rasgo común, la novela testimonial puede tomar una gran variedad de formas. Propongo una tipología basada en la mediación y el grado de elaboración literaria por el autor. Teóricamente, sirviéndonos de la caracterización de Sklodowska del testimonio en sentido estricto⁹ como una novela posburguesa y posmoderna, *Me llamo Rigoberta Menchú* se encontrará en un extremo del continuo más inmediato a los eventos narrados y menos elaborado aunque sabemos que Elisabeth Burgos Debray lo editó.

Pero para mis propósitos, es más fácil y más lógico limitar la clasificación de la novela testimonial a las formas más elaboradas y menos inmediatas, las formas más cercanas a la novela tradicional. Dentro de este gran grupo, podemos clasificarlas según sus estrategias narrativas, su lenguaje y sus figuras retóricas, sus discursos y su intento:

1) por un lado tenemos, por ejemplo, el «testimonio novelado», término que ha usado Claribel Alegría para describir su intervención editorial en *No me agarran viva: la mujer salvadoreña en la lucha*. Construyó un relato realista, semejante a un «thriller», según cartas y entrevistas con la familia y los amigos de «Eugenia», *nom de guerre* de Ana María Castillo Rivas, militante guerrillera del FMLN martirizada en enero de 1981; 2) hay otras novelas testi-

8. «Para muchos lectores es el lugar más cercano que hay a 'la presencia', a la voz del Otro».

9. Algunos críticos dicen «testimonio puro» para los textos «menos mediados» o «menos trabajados»; pero hay problemas con esta caracterización de «puro». Esta palabra es relativa. Todo texto es mediado aun por el testigo que lo narra directamente. Por eso, prefiero usar los términos «*per se*» o «en sentido estricto» para hablar de estos textos generalmente menos elaborados.

moniales semejantes a la autobiografía y el *Bildungsroman* pero también con voces fuertes del subalterno: algunos ejemplos incluyen *Cenizas de Izalco* y *Luisa en el país de la realidad* (Claribel Alegría), *La mujer habitada* (Gioconda Belli) y *Pobrecito poeta que soy yo* (Roque Dalton); 3) más elaboradas están las novelas que mezclan la función testimonial con las técnicas narrativas del Boom literario: *Después de las bombas* (Arturo Arias), *Valle de las hamacas* y *Caperucita en la zona roja* (Manlio Argueta), *¿Te dio miedo la sangre?* (Sergio Ramírez), *Trágame tierra* (Lisandro Chávez Alfaro), *Los compañeros* (Marco Antonio Flores), *El pueblo y los atentados* (Edwin Cifuentes), y *Los demonios salvajes* y *Esplendor de la pirámide* (Mario Roberto Morales). Las rupturas de tiempo y espacio, los monólogos interiores, el estilo indirecto libre, la ausencia de una voz omnisciente en tercera persona y la experimentación narrativa de estos textos a veces hacen más difícil la lectura y ofuscan la comprensión — algo problemático si el autor quiere alcanzar a sus lectores con un mensaje político urgente; — 4) los elementos poéticos, míticos y del llamado «realismo mágico» se combinan con la función y la narrativa testimonial en novelas como *Luisa...*, *La mujer habitada* y *Los caminos de Paxil* (Arias); 5) y finalmente, hay los seudotestimonios en que el novelista inventa el relato del testigo. Las ya mencionadas

Después de las bombas y *La mujer habitada* ejemplifican esta manifestación. Como se puede notar, una novela puede caber en más de una sola categoría. Y es posible que haya más categorías que las que he descrito aquí. Este esquema no pretende ser completa, tampoco la lista de ejemplos. Mi propósito es ofrecer una descripción de los atributos más destacados e importantes de las más conocidas novelas testimoniales de Centroamérica.¹⁰ Las calidades

10. Como ya se mencionó, la novela testimonial que se teoriza aquí representa una producción literaria de un momento específico en la historia reciente de Centroamérica, el período revolucionario que experimentaron El Salvador, Guatemala y Nicaragua en las décadas del setenta y ochenta. Los otros países del istmo—Honduras, Costa Rica, Panamá y Belice no pasaron por las mismas circunstancias aunque en Honduras se puede argüir que las condiciones semejantes (pre-revolucionarias) también existían. De todos modos, hay función y discursos testimoniales en muchas novelas de estos países, y hay discusión del problema de la nación. Menciono solamente algunos ejemplos: en Honduras, hay *El árbol de pañuelos* (1972), *Días de ventisca, noches de huracán* (1980), *Bajo el almendro, junto al volcán* (1988) y *Rey del albor. Madrugada* (1993) de Julio Escoto; y *La memoria y sus consecuencias* (1976) y *Vidas paralelas* (1992) de Marcos Carías; en Costa Rica,

literarias de este género han sido reafirmadas por el establecimiento literario norteamericano: al principio del nuevo milenio, cuando salieron muchas listas de «los cien mejores...», la prestigiosa editorial Modern Library colocó *Un día en la vida* de Argueta entre las mejores cinco novelas escritas en español del siglo veinte. No precisaron «novela testimonial», solo «novela».

Sería útil saber lo que ha pasado al «género» desde «el auge» de la novela testimonial sin otra razón que fijar su situación de enunciación o contexto y entender su contribución a la cultura centroamericana. Otra vez, la función testimonial no ha desaparecido por completo de la ficción; sin embargo, los intereses culturales y literarios han tomado otras direcciones a finales de la década del noventa y en el siglo veintiuno con el cambio del clima político. Sirviéndose de las teorías de Jürgen Habermas sobre la pérdida y recuperación de las energías utópicas, Mackenbach ve «un cambio de paradigma» al principio de los años noventa, «en cuanto a la correspondencia entre realidad extraliteraria y mundos literarios, es decir en cuanto a la(s) apropiación(es) de realidad. El discurso canonizado ha sido sustituido por una ‘nueva complejidad’ discursiva» (pp. 12, 16). No obstante, hemos visto varias novelas testimoniales bastante complejas con sus invenciones lingüísticas, incursiones en la fantasía y experimentación narrativa. Aun en la ficción testimonial la correspondencia entre la «realidad extraliteraria» y el mundo creado en la novela no es tan estrecha (véase las novelas en el estilo Boom o las de un sabor mágico). Hay elementos no verosímiles. Creo que la diferencia fundamental entre las novelas testimoniales de los setenta y los ochenta y las de la posguerra es el compromiso político más abierto y el discurso idealizante de las primeras. Todavía expresaban esperanzas en un

Los perros no ladraron (1966) y *Diario de una multitud* (1974) de Carmen Naranjo, *Noche en vela* (1968) y *Mundo, demonios y mujer* (1991) de Rima de Vallbona, *Asalto al Paraíso* (1992) de Tatiana Lobo, *La loca de Gandoca* (1992) de Anacristina Rossi, entre muchos otros; en Panamá, los precursores escribieron sobre el problema del canal, la intervención norteamericana y los abusos de las compañías bananeras (los dos últimos son temas bastante comunes a lo largo del siglo veinte en todo el istmo en las novelas regionales y socio-realistas): *El último juego* (1977) y *La libertad en llamas* (1999) de Gloria Guardia, *El señor de las lluvias* (1984) y *No pertenezco a este siglo* (1991) de Rosa María Britton; y *Chombo* (1981) de Carlos Guillermo Wilson; y finalmente, de Belice Beka Lamb (1982) y *In Times Like These* (1991), novelas históricas en inglés de Zee Edgell; y *The Sinners Bosanova* (1987) de Glenn D. Godfrey.

futuro mejor y en la incorporación de todos los sectores sociales en la historia e identidad de la nación.

En contraste, en la ficción posguerra se ha perdido mayormente el discurso de la liberación nacional y la fe en muchos de los proyectos modernizantes. El resultado son textos menos ambiciosos en que, según Mackenbach, «las construcciones de identidades [...] se están disolviendo, se presentan fragmentadas, llenas de ambigüedades e inseguridades» (p. 12). Hay un retorno a varias microhistorias como las memorias noveladas en *El siglo de o(g)ro* de Argueta o *El país bajo mi piel* de Belli; los dramas interiores y psicológicos en *A-B-Sudario* de Jacinta Escudos; las tramas de mentiras y delincuencia en *Managua, Salsa City* de Franz Galich; el monólogo de un soldado desmovilizado sobre su transformación en un criminal en *El arma en el hombre* de Horacio Castellanos Moya; las historias de migración y diásporas más allá de las fronteras nacionales en *Odisea al Norte* de Mario Bencastro y los cuentos surrealistas de Claudia Hernández sobre el mismo tema; y los nuevos cuentos de hadas e historias lúdicas, paródicas y rebeldes de los dilemas de la mujer en unas sociedades todavía esclavas al machismo, los cuales son parte integral de la narrativa de Aída Toledo, para nombrar solamente algunos ejemplos. Casi todos indican nuevas direcciones, o hacia adentro o hacia otros mundos en voces más aisladas o individualistas. Todavía, según el crítico Jeffrey Browitt, «no hay respuesta a qué hay más allá de las naciones-estado» (citado en Mackenbach, (p. 12). Son textos cuyo contexto es algo nuevo, según Eagleton, una nueva fase amenazante de la política global en que se han ausentado los recuerdos de la esperanza y acción colectiva (p.7).¹¹ Es esta memoria la

11. En un artículo interesante, “Central American Cultural Production Under the Aegis of Neoliberalism” (*Istmo* 8, junio de 2004), Ana Patricia Rodríguez expresa más optimismo frente a la destrucción causada por el proyecto neoliberal de los programas como CAFTA y Plan Panamá. Escribe que [a] brand of Central American literatura produced under the pressure of neoliberal economic programs has generated a regional isthmian imaginary of devastation, decay, and depletion of resources (...). In these texts, Central Americans have been commonly abandoned by the nation-state, left to negotiate and struggle for their very material existence.

que habita la novela testimonial y que ha desaparecido mayormente de las novelas posguerra.

Hablando de la memoria, parece imprescindible que un pueblo tenga acceso a esta memoria de los sueños, sacrificios y experiencias de la guerra, sobre todo cuando se da cuenta de que hoy en El Salvador, por ejemplo, más de la mitad de la población no tiene ninguna memoria de esos años. Lo irónico es que algunas de las novelas testimoniales más conocidas de la época — y más reprimidas por las autoridades — como *Un día en la vida* de Argueta y *Cenizas de Izalco* de Alegría, ahora sean lectura requerida en las escuelas públicas. La literatura, por medio de la función testimonial, presenta una manera de rescatar la memoria y recuperar las voces perdidas.

Creo que es evidente la conexión entre la sobrevivencia de estos testigos textuales y la búsqueda de la verdad histórica que preocupa a los críticos como Alicia Partnoy, Beatriz Sarlo y tantos otros. Si uno está determinado a entender el significado y «la verdad» de un evento, una investigación rigurosa de los argumentos y los «testimonios» de todos los involucrados debe ser parte del proceso. Parece obvio, pero nos acordamos de que hasta recientemente la historia (oficial) fue escrita por los poderosos pero fue presentada como «neutral» o inocente. Las teorías posestructuralistas y posmodernistas, sin embargo, nos dicen que nada es neutral, nada es inocente. Como Zimmerman nos recuerda, «la pregunta no es si la ideología está ocurriendo en el arte [...]; la cuestión es más bien qué ideología está en juego y a quién pertenece» (2006, p. 29 — letra cursiva suya). El subalterno no es el único con una «agenda». Otra vez pensamos en Foucault y su idea de que la verdad no existe fuera del poder.

El debate de la última década sobre la «veracidad» del testimonio de Rigoberta Menchú, iniciado por el antropólogo norteamericano David Stoll, ilustra las grandes tensiones alrededor de la cuestión de la verdad y de quién tiene la autoridad de definirla y escribirla. En su libro *Rigoberta Menchú and the Story of All Poor Guatemalans* (1999), Stoll acusa a Menchú de fabricar partes

Empowered, however, by the experiences of trauma and war, the subjects of this new “southern” literature use their resiliency, ingenuity, and survival tactics to envision more hardened yet realistic narratives for the Central American region as a whole.

de su testimonio, diciendo que su versión es engañosa. No es mi propósito reconstruir todos los argumentos de esta polémica que ha sido ampliamente comentada en otros trabajos (Véase Arias 2001; Franco 2002; Gugelberger 1999; Craft 2001). Basta con decir que la tormenta del vaso de agua académica se desbordó, llegando a la prensa «mainstream» estadounidense —y podemos situar la mayoría de las reacciones escritas en la derecha política. Esta dedicó mucho espacio a las mentiras — «the lies» (una palabra muy fuerte en inglés) — de la premiada Nobel. La polémica se convirtió en una lucha cultural entre los conservadores, quienes atacaron la «ortodoxia multicultural», las verdades relativas, y las teorías posestructuralistas y posmodernistas (e.g. la deconstrucción del canon occidental) de la izquierda, y estos que defendieron la inclusión de las voces previamente silenciadas y una autocrítica de su posición como académicos.

Jean Franco ha comentado la inversión de la relación poder-verdad que, en un testimonio como el de Menchú, pone al académico al lado de los ignorantes: «*Perhaps more crucially, [her book] also raised a problem that had hitherto been dormant, namely, the institutionalized hegemony of the U.S. university in Latin American studies...that had often taken for granted the active agency of the north over the south*» (p. 215).¹² ¿A quién sirve el testimonio? — ¿Al testimoniante o al antropólogo/escritor que lo representa?—. Con sus propias palabras, Stoll confirma su miedo de perder autoridad: «*What if, on comparing the most hallowed testimonio with others, we find that it is not reliable in certain important ways? Then we would have to acknowledge that there is no substitute for our capacity to judge competing versions of events, to exercise our authority as scholars*» (p. 277).¹³ Muestra discrepancias en el testimonio de Menchú pero no ofrece bastante evidencia para convencernos de que no es fiable «in certain important ways». Los académicos opuestos critican a Stoll no solamente por una

12. «Tal vez más crucialmente [su libro] plantea un problema hasta el momento latente, el de la hegemonía institucionalizada de la universidad estadounidense en los estudios latinoamericanos...que había dado por sentada la agencia activa del norte sobre el sur».

13. «¿Y si se determinara que, al comparar el testimonio más sagrado con los demás, no es muy fiable en ciertos aspectos importantes? Pues, tendríamos que admitir que no hay ningún sustituto por nuestra capacidad de juzgar varias versiones disputadas de los eventos, de usar nuestra autoridad como académicos».

variedad de errores en sus propias investigaciones sino también por su falta de humildad. Lo irónico es que, después de todo, Stoll admita que lo básico de la historia de Menchú es verdad, que la dictadura mató a miles de campesinos indígenas inclusive la mitad de los miembros de su familia (p. viii). Menchú y muchas otras víctimas indígenas fueron reivindicadas por la CEH (Comisión para el Esclarecimiento Histórico) de las Naciones Unidas.¹⁴ Entonces, se puede preguntar por qué Stoll invirtió tanto tiempo y tanta energía en un proyecto que lo contradijera y que dañara a los mismos indígenas que pretendía representar.

Una respuesta sería que ni Stoll ni los periodistas derechistas de Estados Unidos ni sus partidarios entienden muy bien la definición y la función del testimonio o su concepción/conceptualización colectiva, lo que la misma Rigoberta declara en las primeras frases del libro. Stoll muestra cierto desdén hacia la literatura cuando desestima la identificación que muchos indígenas y ladinos sienten con ella: «If poetic truth is good enough for you, this is the part of her story that is all too true» (p. 275). Parece que Stoll no sabe o no quiere leer figurativamente; por eso, él pierde la fuerza de su narración. Él acusa a miembros de la academia y los activistas pro derechos humanos de interpretar demasiado literalmente el testimonio de Rigoberta. Pero yo he escrito en otra parte que si este es el caso en la sala de clase, es la deficiencia del maestro o del estudiante, no de la teoría ni el texto. Quizás unos sean culpables. Pero me parece que es Stoll quien privilegia una lectura literal — la única legítima para él —. Ya que no tiene ninguna confianza en las capacidades de sus colegas de leer «correctamente» ni en la posibilidad de unas lecturas críticas y válidas aparte de las suyas, él tiene miedo de que todos seamos engañados por los románticos revolucionarios (2000, pp. 49-50). Es claro que en el mundo de Stoll, la verdad poética/ metafórica de la literatura está subordinada a la verdad empírica/ literal de las ciencias.

14. "Guatemala: Memory of Silence/ Tz'inil Na'tab'al." Report of the Commission for Historical Clarification (CEH). Conclusions and Recommendations. 1999. Online. AAAS Science and Human Rights Data Center. Available, <http://hrdata.aaas.org/ceh/report>.

Podemos tomar un paso más a la novela testimonial. Tal vez por tener «solamente verdad poética» es inmune a los ataques tan apasionados como el de Stoll. (O es posible que un antropólogo no quiera tocar «la literatura» porque se siente más «cómodo» con un discurso que se aproxime a territorio familiar —las entrevistas y el trabajo de campo.) Uno tiene que admitir que hay cierta lógica en esta idea, sobre todo en una cultura como la norteamericana donde este debate creó tanta consternación. Es curioso que la literatura se considere una ocupación elitista de la torre de marfil por un lado, pero que al mismo tiempo esté devaluada por una cultura que favorece —aun adora— la verdad literal, la «*inerrancy*», la transparencia, la claridad y lo blanco y negro. Un novelista tradicionalmente trabaja bajo otras expectativas y estética. La cuestión nos lleva otra vez al estatus ambivalente del testimonio —¿literatura o antiliteratura?—. Neil Larsen duda la oposición. Este escribe que las novelas « [p]or supuesto, son ficciones [...] pero Beverley en ningún lugar ha demostrado que las «ficciones» no puedan como *ficciones* lograr las mismas cosas que los testimonios» (citado en Cortez). Entonces, parece que el debate entre la verdad literaria y la verdad testimonial no resuelve nada; a fin de cuentas, expone más los prejuicios de una cultura interpretativa que las diferencias «genéricas» y ontológicas.

De todos modos, ¿de qué logros habla Larsen? Quizá más productivo sea un enfoque que hable de lo que hacen o «logran» los textos testimoniales —tanto la novela como el testimonio *per se*—. Y se nos va a devolver al lamento de Partnoy de la pérdida de la solidaridad frente a la hegemonía de la Verdad de los expertos. Yúdice propone la concientización como una alternativa a cualquier representación fiel de un evento o sus protagonistas —la concientización local e internacional (pp. 211-212)—. Además, escribe que «[e]l testimonio no responde al imperativo de producir la verdad congnitiva—ni tampoco de deshacerla—su *modus operandi* es la construcción comunicativa de una praxis solidaria y emancipatoria. De ahí que la dicotomía verdad/ficción carezca de sentido para comprender el testimonio» (p. 216). En este sentido, repetimos que la literatura es performativa, es un acto político (véase Jameson; Randall; Ramírez; Spivak).

Vale la pena explorar brevemente las implicaciones de este acto político. La crítica Kimberley Nance estudia el discurso testimonial «más eficaz» en el

contexto de las categorías retóricas tradicionales establecidas por Aristóteles. Primero, se da cuenta de la dificultad de teorizar «la verdad»: ella determina que «the concept of truth in testimonial literature is far less straightforward than had been assumed in earlier confluences of testimonio with contestation or correction» (p. 33).¹⁵ El modelo que ella prefiere —el testimonio deliberativo— no se fía en «últimas verdades» sino en la posibilidad de hacer una intervención social positiva: se requiere «*a hybrid and much more sophisticated rhetorical strategy, one that will persuade readers to think critically about the world at the same time it confronts them with a personal obligation to combat injustice*» (p. 38).¹⁶ Nance basa su argumento en dos teorías: 1) la teoría de empatía y exotopía de Bakhtin —la capacidad del lector de sentir la angustia del testimoniante y luego regresar a su mundo para hacer algo para ayudar—; 2) la teoría del «mundo justo» de Melvin Lerner, la que indica que bajo las circunstancias apropiadas, las descripciones textuales sí pueden motivar acción (p. 16). Los mejores textos son los que usan estrategias sofisticadas para captar la atención de los lectores con historias de violencia y opresión sin repugnar o ahuyentarlos; los que presentan a un testigo «digno»; y los que evitan sectarianismo o mitificación. Nance concluye que los textos testimoniales pueden provocar a un lector a la reflexión y la acción ética y responsable ante la injusticia. Sin embargo, Nance escribe que el «*testimonio offers no promise to change the world directly, but it does offer readers a means of changing their minds about the world, a development that may, in turn, lead to activism*» (p. 159).¹⁷ No se lo debe santificar ni desechar. Pero como cualquier otro «buen libro», los buenos testimonios y las buenas novelas testimoniales pueden enseñar, conmover e inspirar.

15. «El concepto de la verdad en la literatura testimonial es mucho menos directo que se ha pensado en las tempranas confluencias del testimonio con la contestación o la corrección».

16. «Una estrategia retórica híbrida y mucho más sofisticada, la que le persuade al lector a pensar críticamente acerca del mundo al mismo tiempo que les plantea la cuestión cara a cara de una obligación personal de combatir la injusticia».

17. «No ofrece ninguna promesa de cambiar directamente al mundo sino que le da al lector una razón de cambiar su pensamiento acerca del mundo. Es un logro que pueda despertar al lector al activismo».

El entusiasmo con que los académicos y los trabajadores en los derechos humanos recibieron al testimonio ha disminuido en los últimos años con el fin del ciclo revolucionario de Centroamérica y con un distanciamiento crítico que viene con el tiempo. Las dudas, nacidas de las luchas por el derecho de definir e interpretar la verdad histórica, han sido inevitables considerando la dinámica complicada de la relación interlocutor-testimoniante y el carácter híbrido del testimonio. Desafortunadamente, en las contestaciones por el poder y la verdad entre los académicos del «primer mundo», se ha enfocado más en las rivalidades profesionales y la protección de la autoridad y menos en las experiencias de sufrimiento y opresión de los «sin-vozes» —las comunidades de donde primero surgieron estas historias—. Es indispensable el trabajo de los «expertos» que mencionó Sarlo para poder llegar a un análisis racional de la naturaleza y el impacto de la literatura testimonial, pero al mismo tiempo la historia no sería completa sin la participación de sus sujetos marginados; por medio de sus testimonios y las novelas testimoniales. Los conceptos de la verdad histórica (y poética) y la solidaridad política no deben ser mutuamente exclusivos, la una siendo sacrificada por la otra. Alicia Partnoy tiene razón cuando expresa consternación ante la pérdida de la importancia de la solidaridad entre el letrado y él/ella que le da su testimonio. No tiene sentido ser custodio de la verdad sin poder emplearla por la humanidad.

Obras Citadas

Achugar, Hugo. “Historias paralelas/historias ejemplares: La historia y la voz del otro”. *Revista de crítica literaria latinoamericana* 18, no. 36, pp. 49-71.

Barnet, Miguel. *Biografía de un cimarrón*. México, D.F.; Siglo XXI Editores, 1968.

Beverly, John, y Marc Zimmerman. *Literature and Politics in the Central American Revolutions*. University of Texas Austin, 1990.

Cortez, Beatriz. "La verdad y otras ficciones: Visiones críticas sobre el testimonio centroamericano." *Istmo* 2 (2001), www.denison.edu/istmo/articulos/realidad.

Craft, Linda J. "Al margen de la función testimonial en dos novelas recientes de Manlio Argueta." *Visiones y revisiones de la literatura centroamericana*. Vol.3. Ed. Jorge Román-Lagunas. Guatemala: Ed. Oscar de León Palacios, 2000.

----- . *Novels of Testimony and Resistance from Central America*. Gainesville: U P Florida, 1997.

----- . Rigoberta Menchú, the Academy, and the US Mainstream Press: The Controversy Surrounding Guatemala's 1992 Nobel Peace Laureate." *MMLA* 33.30 (Winter 2001): 40-59.

Delgado Aburto, Leonel. "Proceso cultural y fronteras del testimonio nicaragüense". *Istmo* 2 (2001), www.denison.edu/istmo/articulos/realidad.

Eagleton, Terry. *After Theory*. NY: Basic Books, 2003.

Ellison, Ralph. Introduction (1981). *Invisible Man*. NY: Modern Library, 1994.

Franco, Jean. *The Decline and Fall of the Lettered City: Latin America in the Cold War*. Cambridge: Harvard U P, 2002.

García Canclini, Nestor. *Hybrid Cultures: Strategies for Entering and Exiting Modernity*. Trans. Chiappari, Chris, and Silvia López. Minneapolis: U Minn P, 1995.

Gugelberger, Georg M. "Stollwerk or Bulwark? David meets Goliath and the Continuation of the Testimonio Debate." Paper presented to the Conference on Central American Literature, Arizona State University, April 1999.

----- . *The Real Thing. Testimonial Discourse and Latin America*. Durham, NC: Duke UP, 1996.

Jameson, Fredric. *The Political Unconscious: Narrative as a Socially Symbolic Act*. Ithaca, NY: Cornell U P, 1981.

Mackenbach, Werner. "Realidad y ficción en el testimonio centroamericano". *Istmo* 2 (2001), www.denison.edu/istmo/articulos/realidad.

Menchú, Rigoberta, con Elisabeth Burgos Debray. *Me llamo Rigoberto Menchú, y así me nació la conciencia*. Havana: Casa de las Américas, 1983.

Morales, Mario Roberto. "Entre la verdad y la alucinación: Novela y testimonio en Centroamérica". *Visiones y revisiones de la literatura centroamericana*. Vol. 3. Ed. Jorge Roman-Lagunas. Guatemala: Ed. Oscar de León Palacios, 2000.

Nance, Kimberley. *Can Literature Promote Justice? Trauma Narrative and Social Action in Latin American Testimonio*. Nashville: Vanderbilt U P, 2006.

Narváez, Jorge. "El testimonio 1972-1982. Transformaciones en el sistema literario." *Testimonio y literatura*. Minneapolis: Institute for the Study of Ideologies and Literature, 1986. Eds. Hernán Vidal y René Jara: 235-279.

Ramírez, Sergio. *Balcanes y volcanes y otros ensayos y trabajos*. Managua: Editorial Nueva Nicaragua, 1983.

Randall, Margaret. "Appropriate(d) Discourse: Plagiarism and Decolonization." *New Literary History* 22 (1991): 525-41.

Skłodowska, Elzbieta. *Testimonio hispanoamericano: Historia, teoría, poética*. NY: Peter Lang, 1992.

Stoll, David. *Rigoberta Menchú and the Story of All Poor Guatemalans*. Boulder, CO: Westview, 1999.

Vargas Llosa, Mario. "Is Fiction the Art of Lying?" *New York Times Book Review* (7 October 1984): 1, 40.

Yúdice, George. "Testimonio y concientización". *Revista de crítica literaria latinoamericana* 18.36 (1992): 207-227.

Zimmerman, Marc. *Literatura y testimonio en Centroamérica: Posiciones postinsurgentes*. Guatemala: Universidad Rafael Landívar, 2006.